

"Quiles Orientalista"

Profesor de Pensamiento Oriental de la Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales
Lic. Ricardo Hamlet Taddeo

Señoras, señores:

Es un honor para mí poder pronunciar algunas palabras en el maravilloso marco de este homenaje. Ismael Quiles, un nombre que evoca diversas sensaciones. Todas ellas amigas, todas ellas hermosas. Miles de palabras podrían decirse para describirlo y aún no bastarían. Aquellos de nosotros que contamos con el testimonio de quienes lo conocieron, nos vemos sorprendidos ante la presencia de un ser humano integral. Y esta, quizá, haya sido la búsqueda de su vida, la integralidad...

Esto mismo es lo que lo llevó, después de años de profundizar en la tradición filosófica y teológica occidental, a embarcarse hacia el Oriente. Así, atravesó el mundo en el año 60, gracias al Proyecto Mayor Oriente Occidente de la Unesco y fue a Japón. Y allí se encontró con quien fuese su Virgilio en este viaje: Hajime Nakamura. Un célebre indólogo, traductor, profesor, filósofo, experto en sánscrito y pali... y al encontrarse con él se le abrió la Biblioteca del Instituto de Religiones Orientales de la Universidad de Tokio y allí es en donde el Padre Quiles descubrió, como dice el mismo, la mitad de la biblioteca... "nos falta la mitad de la biblioteca" ... ahí el Padre Quiles descubrió que un arduo camino, pero gozoso lo aguardaba que era traer todos esos conocimientos a Occidente. Porque cuando uno se acerca a Oriente no basta con el conocimiento positivo, racional. Si nos ponemos a hablar de qué es el atman para un hindú, evidentemente lo primero que tendemos a hacer es parangonarlo a la noción de alma, con la que estamos más familiarizados, pero ahí entra a jugar algo que Panikkar llama los equivalentes homeomórficos, son y no son lo mismo: es que los conceptos de las religiones no son conceptos, son ideas, y a diferencia de aquellos, se viven no solo con la cabeza sino con el cuerpo, con el alma y con el espíritu y requieren de esa vivencia total para entenderse o para intuirse. Quiles bien lo sabía y es lo que él se propuso. Por eso, a continuación, diré algunas palabras nada más acerca de cuál fue el Oriente que Quiles buscó y encontró y nos trajo a todos nosotros, para... para siempre. Porque estas mismas paredes y las paredes de varios edificios que se encuentran a solo unos metros de aquí, de la Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales de la Universidad del Salvador, respiran aún en sus pasillos, en sus volúmenes, en sus aulas, en sus docentes, el misterio mágico e inaudito del pasado que se hace presente... Quiles está ahí, Quiles aún nos acompaña... Y la forma de revivificarlo es recuperar su mensaje... por eso sean estas simples palabras una pequeña ventana a qué nos quiso decir acerca del Oriente, con qué se encontró y cómo podemos reivindicar sus postulados. Escuchemos sus palabras:

"No obstante, debemos confesar que cuando entramos por primera vez a la Biblioteca del Instituto de Religiones Orientales de la Universidad de Tokio y el profesor Hajime Nakamura nos mostró las colecciones de las ediciones de los Libros Sagrados budistas, en diversas lenguas y traducciones: china, tibetana, sánscrita, pali, japonesa, etc. y contemplamos los numerosos volúmenes de comentarios que había que agregar a estas extensas colecciones no pudimos menos de quedar impresionados por el extraordinario aporte del pensamiento oriental, que no tenía por qué envidiar al de Occidente, y también por el inmenso trabajo que preveíamos caía sobre nosotros"...

Vale la pena detenerse para decir dos palabras acerca de este trabajo, esta labor, que el acercarse a Oriente requiere. Es que el Oriente no es meramente una localización geográfica, un mero

estar-ahí, el Oriente es un estado del alma, una región del interior, un símbolo. Todo hombre y toda mujer poseen su Oriente y su Occidente. El viaje a Oriente implica así un conjunto de experiencias que exceden absolutamente el mero traslado físico en el espacio. El riquísimo simbolismo del viaje "se resume en la búsqueda de la verdad, de la paz, de la inmortalidad, en la busca y el descubrimiento de un centro espiritual" (Chevalier, 1969, p. 2145) y el de la orientación o viaje a Oriente consiste en la vuelta a la fuente, al origen de la luz, al lugar de donde emerge el sol: *ex Oriente lux*. En el caso que aquí nos ocupa estribaría en el *redescubrimiento* de una dimensión para sí y para los demás...

De este Oriente, lugar y más que lugar, realidad y símbolo, tres cosas sorprendieron al Padre Quiles en primera instancia:

El descubrimiento de una visión de la filosofía no restringida al método racional y abstracto sino abierta a lo que él denominaba "experiencia metafísica": un conocimiento intuitivo de los estratos interiores del hombre. Pero hubo aún más. El Oriente le demostró un conocimiento vivencial o "conocimiento vivido": un saber mucho más allá del discurso que coincidía con la "autorrealización consciente" de su filosofía. En otras palabras, para los orientales el auténtico *saber de la última realidad*: "no es un acto puro intelectual sino que implica una transformación profunda y efectiva del ser del hombre" (Quiles, 1992, 32). El conocimiento posee una dimensión salvífica y constituye así una "actitud psicológica" y una "transformación ontológica" que incluye el conocer y el ser, la verdad y el bien, el *logos* y el *ontos* del hombre.

En segunda instancia, el pensamiento oriental, especialmente el hinduismo, le reveló una nueva forma de concebir la relación entre filosofía y religión. Nítida distinción en Occidente (la filosofía concebida como "conocimiento de la realidad por sus principios últimos" y la religión como la actitud frente al principio último o Absoluto). Conocimiento teórico frente a actitud vital, tal y como suele entenderse.

El Oriente, en cambio, concibe una unión entre ambos, una simbiosis, una conjunción. En la intimidad de esa danza ambos aspectos se funden "en un solo acto": conocimiento y reconocimiento, filosofía y religión, coinciden y se imbrican de tal forma que su interdependencia es imposible dejarse de lado a la hora de estudiar el pensamiento oriental: "la filosofía es más filosofía (más claro conocer) porque es religión, y la religión, a su vez, es más religión (más claro reconocer vital) porque es filosofía".

C. G. Jung mismo lo dijo:

La sabiduría y la mística orientales tienen mucho que decirnos pese a hablar su propio e inimitable lenguaje. Ambas deberían hacer que recordáramos los bienes similares que posee nuestra cultura y que nosotros hemos olvidado ya, y dirigir nuestra atención a aquello que hemos dejado a un lado por insignificante, es decir, el destino mismo del hombre interior. (Jung, 2020, p. 154)

Por último, la tercera gran enseñanza que el Padre Quiles halló en el Oriente tras su travesía tiene que ver con la relación entre la esencia del hombre y la experiencia mística. La filosofía budista, nos dice, lo ayudó a comprobar que la experiencia del ser (metafísica) y del Absoluto (mística) coinciden, se imbrican mutuamente y pertenecen a la misma esencia del hombre. La experiencia de ambas dimensiones está dada en el hombre en cuanto hombre y en la existencia humana en cuanto tal. Por esto mismo la experiencia de los místicos consiste en una experiencia de "alta tensión", de la experiencia activa y transformante de Dios en el alma, que ya se halla en la experiencia humana común. La experiencia del Nirvana estribará, para Quiles, entonces, en una

profundización gradual de la conciencia del ser-en-sí ordinario y de la presencia constante de Dios en la esencia del hombre¹.

Recordamos, al pasar, que sus obras sobre Yoga siguen siendo aún hoy de consulta y que su magno y extenso volumen sobre budismo, intitulado *Filosofía Budista*, le granjeó la medalla del sol naciente, recibida de manos del mismísimo emperador...

Sin embargo, valga una aclaración: no somos orientales y no debemos desear serlo. Pero acaso en ese descubrir pueda ocurrir, pueda aparecer, un redescubrir. En ese bucear puede haber la mágica transformación de la mirada que nos devuelva nuestra propia cultura. Por eso la importancia del diálogo intercultural e interreligioso... Les narraré un episodio al pasar que me ocurrió en esta misma facultad y en la Fundación Vocación Humana que maravillosamente preside el Dr. Bernardo Nante: me ocurrió que no podía comprender el Logos Juanino, todos conocemos de lo que habló, no pude comprenderlo hasta que el Dr. Bernardo Nante en una magnífica clase comentó un pasaje que, un gran sinólogo, Wilhelm, analiza, del Tao Te King... Y, casi al pasar, el Dr. Nante comentó cómo Wilhelm para describir esa palabra indefinible, maravillosa, poética y sagrada que es el Tao, utiliza la palabra alemana Sinn, y ella significa sentido... Wilhelm, además de ser sinólogo era biblista, era un gran traductor del Evangelio, y para traducir el Verbo, el Logos que aparece en Juan ("en el principio era el Verbo") utiliza la misma palabra, Sinn, con la cual tradujo el vocablo Tao... Por supuesto que el Tao es esa fuerza inefable, ese sentido en el cual todos estamos inmersos y el que tenemos que descubrir cómo es y cómo amalgamarnos a él, esa fuerza que dio origen y sostiene a todas las cosas, inmanente y trascendente a la vez, que hace posible la realidad y que de algún modo... solo podemos ir a su favor o ir en su contra, nadar contra su corriente o dejarnos llevar grácilmente y espontáneamente, por su fluir... esa fuerza vital que todo lo recorre, que es mucho más que una idea, pues la palabra idea se queda corta, ya que define... eso incomprendible, inabarcable, principio y fin de todas las cosas, madre y padre de todos los principios, de todos los seres, eso... eso indefinible, inenarrable que no puede conocerse positivamente pero que puede intuirse, sentirse, vivificarse... eso mismo es el Tao y esa descripción con la cual Wilhelm traduce luego el Verbo, me acercó a comprender lo que era el Verbo en el Evangelio. Podrían multiplicarse los ejemplos, pero a lo que voy es a que... quería presentarles un ejemplo práctico y breve de cómo la profundización en el devenir humano, en el quehacer humano, en la cuestión humana, puede hacernos entender mucho mejor tantas cosas de nuestras propias raíces culturales... Ya lo decía Jung, y el profesor Nante siempre lo destaca, el inconsciente cultural que poseemos es occidental... eso no quiere decir que uno no pueda criticar e intentar vivir de otra manera, desde otra perspectiva, la propia tradición occidental pero lo que estamos diciendo es que es imposible abandonarla, en última instancia... lo que podemos hacer es redescubrirla y para ese redescubrimiento la obra de Quiles es un faro, una luminaria, es de una profundidad y de una visión... estamos hablando de otra época en la cual el mundo era otro y las cosas mucho más cerradas... Por eso deberíamos recuperarla, por eso celebro esta ocasión.

Vivimos en un mundo signado, además de por la inmediatez y el consumismo, por dos grandes problemáticas. El nihilismo abstruso, por una parte, y el fanatismo descomunal, por la otra. Una vez más, las dos caras de la misma moneda. El nihilismo al que invita la vida contemporánea se ve, en un plano antinómico, enfrentado por el integrismo que pretende purificar el mundo de ese nihilismo – de esa ausencia de centro y sentido, de fundamentos, de cimientos, de raíces —que parece entregarnos la vida actual. Como salvación, como sanación a esa náusea, a ese sinsentido, el integrismo parece ser para muchos la respuesta... de más está decir, por supuesto, una respuesta vana y una respuesta muchas veces peor que el mismo sinsentido. Por eso es fundamental y necesario seguir hoy la estela de Quiles y seguir fomentando el diálogo interreligioso e intercultural con todas nuestras fuerza y energía. Si acaso queremos tener un

¹ Es notable, a este respecto, el capítulo dedicado al Nirvana (esp. pp. 290-5) en su magistral *Filosofía Budista*, obra que le granjeó la Orden del Sol Naciente en 1988.

futuro. Producir la sinfonía, dejar que se produzca en nosotros. Ese es el espíritu que Quiles instauró en la Escuela de Estudios Orientales: dejar de mirar otras culturas con prejuicios vanos... todas poseen un valor intrínseco y todas pueden aprender de las demás a través del diálogo. Este diálogo debe ser informado, serio, crítico pero abierto al respeto mutuo, al silencio que permite la escucha y, en suma, al amor como dimensión humana y apertura a la dimensión divina... El Oriente es capaz de enseñarnos hoy a superar las dualidades y a bucear más profundamente en el origen, en los cimientos, en el carácter originario y original de nuestras propias raíces culturales.

Esta facultad nos ha dado la maravilla de ir caminando por sus pasillos y descubrir en un mismo instante en un aula a un profesor recitando unos versos de Shakespeare, de Calderón, de Horacio o Píndaro, mientras que en un aula contigua – a unos metros nada más— a otro docente explicando la metafísica del Tao Te King o una Upanishad o el Corán o la Torá o un texto o monumento egipcios o alguna palabra del gran maestro nazareno, aquel que nada escribió pero que sin embargo infinitamente nos escribió a cada uno y cada una de nosotros. Un poco más allá, un profesor o una profesora tratando de reflexionar acaso si Sócrates dijo lo que Platón dijo que dijo o acaso dijo más o menos. Y un poco más acá una profesora descubriéndonos la arquitectura sacra de la mezquita islámica o el templo hindú, mientras en el aula lindante otra profesora bellamente nos enseña el poder secreto de las vanguardias artísticas de los últimos siglos...

Esto es el padre Quiles... Este su vívido testimonio. Él nos acercó el Oriente. Nos orientó a su cercanía. Nos direccionó hacia el sentido. Está en nosotros continuar su labor denodadamente y sin cejar, propiciando el diálogo intercultural e interreligioso, para que así sea su homenaje.